

Thierry Voeltzel

VEINTE AÑOS Y DESPUÉS
CONVERSACIONES CON MICHEL FOUCAULT

seguido de

LETZLOVE
ANAGRAMA DE UN ENCUENTRO

Traducción y prólogo
Alfredo Sánchez Santiago



ÍNDICE

PRÓLOGO	7
<i>Alfredo Sánchez Santiago</i>	
CINTA I	15
Hacia la homosexualidad	17
Homosexualidad y política	34
El amor	39
CINTA II	43
Rupturas	43
Seis hermanos	48
Mozo de almacén en la Rue Saint-Denis	53
En el hospital	60
La técnica médica	68
CINTA III	73
El militante de extrema izquierda	73
Los placeres	83
CINTA IV	95
El panorama cultural	95
La literatura revolucionaria	100
La revolución fallida	106
La religión	115
El ejército	118

CINTA V	123
La infancia	123
¿Y después?	141
CINTA VI	
EPÍLOGO	147
Recapitulación	147
Gérard	149
LETZLOVE	
ANAGRAMA DE UN ENCUENTRO	161
<i>Thierry Voeltzel</i>	

CINTA I

- Bueno, dime, veamos, son las 6 menos diez, ¿quieres que hablemos durante una horita o así...?
- Durante una hora, como tú quieras.
- Una hora, sí, a mí me da igual, yo no tengo nada que hacer. ¿Tú no haces nada esta tarde?
- No hago nada esta tarde, no.
- Bueno, bueno, muy bien. ¿De qué te gustaría que habláramos?
- Pues no lo sé, ¿qué piensas que es lo más fácil para un ensayo?
- No sé muy bien, habría que elegir el tema que más te guste, con el que te sintieras más cómodo, del que tuvieras ganas de hablar y del que pudieras hablar conmigo sin incomodidad, sin problema, así que no sé muy bien...
- ¿No tienes una idea de lo que podría ser interesante al comienzo?
- Yo, cuando te conocí, la primera vez que le hablé de ti a D. [Daniel], le dije: “¿Sabes? Acabo de conocer a un chico que tiene veinte años, que es el chico de veinte años por excelencia”. No, pero esa es un poco la idea. Y luego, cuando C. [Claude Mauriac] me habló de su proyecto de colección, no pensé en ello inmediatamente, y un buen día me dije: “En el fondo, sería bastante maravilloso hacer un libro de un chico de veinte años, qué significa tener veinte años hoy”, sobre todo que, en ese momento, yo sabía más sobre ti, me habías contado más cosas. Había en tu relato algunas cosas que me chocaron, por ejemplo, el hecho de que, para ti, el 68 fuera un acontecimiento lejano, por lo que...

- Pasé completamente por encima.
- Entonces hacías patinaje sobre ruedas, en Mayo del 68, y eso me chocó tanto más cuanto que estás ligado a un montón de cosas que a pesar de todo derivan de aquello. Lo que también me chocó fue una relación con la sexualidad que, para alguien que pertenece a una generación anterior, parece, no digo más simple... pero sí mucho más clara, mucho más feliz en todo caso. Otra cosa que me chocó de ti es el hecho de que nunca te hayan interesado realmente los estudios, y el significado que tiene para ti ese trabajo que no estás en absoluto obligado a hacer, que hiciste primero en un taller, después en esa tienda y a continuación en el hospital. Tu relación con esas cosas es muy específica: no es la obligación de trabajar para ganarte la vida, porque podrías hacer otra cosa; tampoco es “ir a la fábrica”, estilo *Gauche prolétarienne*; no es tampoco el tema americano: “Hay que conocerlo todo, hay que pasar por todos los circuitos posibles de la vida”. Esos son los temas que me vienen inmediatamente a la cabeza, pero quizá haya otros, quizá quieras hablar de tu familia, quizá quieras hablar de tu infancia, no tengo ni idea...
- No, no, no es demasiado interesante. Es más que banal. Pero podríamos hablar de lo que un poco me ha llevado a hacer precisamente ese trabajo en el hospital, lo que me ha llevado a *Antinorme*, que es en cierto modo una corriente que deriva directamente del 68. Ahí podías encontrar tanto gente de la *Gauche prolétarienne* como tipos que de ninguna manera habrían hecho política antes y que, a partir de sus problemas específicos de homosexuales, de maricas, etc., llegaron allí e intentaron hacer un trabajo conjunto, desde posiciones completamente divergentes.

HACIA LA HOMOSEXUALIDAD

– ¿Quieres que intentemos hablar de eso? Espera, voy a ver si estamos suficientemente cerca, si se ha grabado bien... Bueno. ¿Quieres hablar de tu vida sexual de niño, antes de conocer todos esos movimientos?

– No sé si es demasiado interesante hablar de ello. La cronología es bastante simple: en definitiva, fue la vida de internado la que me llevó a ello, el hecho de haber descubierto con cuatro años el juego de los médicos, que más tarde, hacia los doce, cuando estaba en el internado, se convirtió en otra cosa. Y después, cuando salí de allí con unos trece años, apenas volví a pensar en el asunto hasta que con dieciséis me encontré con unos tipos bastante simpáticos que distribuían panfletos sobre la sexualidad a la salida de un restaurante universitario, y me puse a charlar con ellos. Estaban interesados en mí y en lo que decía, quizá más en mí que en lo que decía (*risas*), y empecé a trabajar con ellos esporádicamente.

– ¿Y qué grupo era?

– Era *Antinorme-Sexpol*, un grupo nacido del FHAR, el *Front homosexuel d'action révolutionnaire*. Fue en el 73, en el momento de la lucha de los estudiantes de instituto contra la ley Debré. Había un montón de discusiones en clase. Lo que nos interesaba no era tanto hablar de la ley Debré, de política, cuanto hablar de sexualidad, obligar a los profes a hablarnos del tema, desenmascararlos en relación con esas cuestiones.

– ¿En qué curso estabas?

– En el primer año de bachillerato, o en el segundo, en un centro de curas, un instituto privado de ochocientos alumnos. Había un cura a cargo de la instrucción religiosa obligatoria, y le obligábamos a hablar de sexualidad en la clase de instrucción religiosa, que era soporífera porque nos contaba la historia de los santos. Empezó con el cura de Ars, que para mí era el ejemplo típico del cura que tiene problemas y que no quiere hablar de ellos, que lucha consigo mismo, que se da golpes en la cabeza viendo al diablo.

- En el 73, ¿os hablaban todavía del cura de Ars?
- En el 73 nos hablaban de los santos... El pobre cura no sabía realmente de qué hablarnos, porque teníamos muchos otros problemas. Por ejemplo, había tráfico de hachís en el colegio: todo el mundo estaba al tanto, pero nadie decía nada. Y luego estaban los *fafs*¹, los tipos de derecha de la facultad de Derecho que bajaban de vez en cuando a pegarnos. El colegio estaba en la rue d'Assas. Así que nuestra única sensibilización política era nuestro odio hacia los *fafs* y nuestro odio hacia la UNEF² y la UNCAL³, sindicatos cercanos al PC⁴ que intentaban liárnosla todo el tiempo. Así se conformó nuestra conciencia política. Pero de lo que más hablábamos en las clases era de sexualidad y de homosexualidad.
- ¿Solo había chicos?
- Éramos todos chicos, treinta más o menos, y nos dimos cuenta de que todos hablaban de homosexualidad sin haberse acostado nunca con otros chicos. No fue hasta mucho más tarde, en el transcurso del año, cuando descubrí que había dos parejas. Pero ellos no lo decían, lo escondían. Hubo un profe que intentó acostarse conmigo, empezó a tocarme; acabamos siendo seis los que pasamos por su cama. Yo pensaba: joder, uno de cada cinco, incluido un profesor, son unos cuantos, así que la homosexualidad es un problemón. Y cada vez que iba a comer al restaurante universitario, siempre me llevaba conmigo a cinco o seis compañeros de clase que charlaban con la gente de *Antinorme* y trabajaban esporádicamente con ellos. Hicimos algunos panfletos juntos.
- Pero cuéntame, ¿qué se decía sobre la homosexualidad en clase, al margen de *Antinorme*?

1. Militantes de extrema derecha, acrónimo de *La France aux Français* ("Francia para los franceses") [N. del T.].

2. Siglas de *Union nationale des étudiants de France* [N. del T.].

3. Siglas de *Union nationale des comités d'action lycéens* [N. del T.].

4. Siglas de *Parti communiste* [N. del T.].

– En clase había tipos como yo, que partían de [Wilhelm] Reich, que hablaban de miseria sexual, que hablaban del sistema capitalista, porque siempre intentábamos vincular este asunto con el sistema capitalista; y, a la vez, lo que decíamos sobre la homosexualidad lo sacábamos de nosotros mismos, porque Reich no hablaba de ello en sus libros...

– Y cuando habla de ello es para decir ignominias... (*Risas*)

– O para decir que son hermafroditas, o que la homosexualidad entre adultos todavía es aceptable, pero que en los niños no es aceptable. A propósito precisamente de Reich y de la homosexualidad de los niños, yo cuidaba a menudo chicos pequeños y nos tocábamos, nos metíamos mano y estaba muy bien. Eran chicos que tenían diez, doce años, pero de eso no se hablaba en clase, no me atrevía a hablar del tema con mis compañeros, ellos estaban mucho más interesados por los dominios de su cuerpo, no tanto de su cuerpo sino de su homosexualidad. Por lo tanto, había un clan que defendía las posiciones de la homosexualidad, y otro clan en el que había uno o dos tipos de *Ordre nouveau* que cerraban el pico y no escuchaban nada, que solo querían oír hablar del cura de Ars, eran los únicos. El resto de la clase estaba interesado, se cachondeaba, pero no entendía nada. Y, al final, todo ello se concretó en un trabajo, en reuniones con la gente de *Antinorme*, en un trabajo en los institutos, en ir a repartir panfletos a los institutos. Hicimos uno sobre el padre-poli, sobre la familia, en el que reclamábamos locales para tener sexo o hacer lo que quisiéramos. Cuando repartíamos esos panfletos siempre había gente que les echaba un vistazo, se quedaba y venía a hablar con nosotros, mientras que, cuando los repartíamos en un instituto, normalmente no funcionaba, salvo en momentos de fuertes movilizaciones. Y conseguíamos conocer gente, difundir y vender ese periódico que hacíamos entre siete u ocho personas; lo vendíamos y funcionábamos bien. Incluso pudimos bajarlo de precio.

– Pero ese periódico que hacíais, ¿tenía relación con la gente de *Antinorme*?

- Era el periódico *Antinorme*, lo hacíamos con ellos.
- Pero dime, antes de conocer *Antinorme*, ¿ninguno de vosotros se acostaba con otros chicos de clase?
- Estaban esas dos parejas de chicos que te digo, pero yo no me había fijado en ellos. En aquel momento todavía no prestaba atención, no trataba de observar a la gente.
- Pero el problema no consiste en saber si había gente que hacía el amor o no, sino en saber si, en conexión con vuestra reflexión, en un momento dado pensasteis: “Esto está muy bien, hablamos, analizamos, nos hacemos preguntas... bueno, adelante, vamos a probar”, ¿no?
- No, quienes lo hicieron después fueron aquellos que ya lo hacían o que tenían ganas de hacerlo antes.
- A eso me refiero, no hubo una especie de movimiento colectivo que llevara a decir, bueno... Transformamos nuestra aula... Está bien, como nos cuestionamos estas cosas, de alguna manera es necesario saber...
- Lo que sí ocurrió un día es que nos reunimos con alumnos de Montreuil y, cuando terminó la reunión, los quince que estábamos empezamos a masturbarnos unos a otros, y eso en el marco de una reunión política de *Antinorme*.
- Quizá sería necesario que hablaras de *Antinorme*, porque yo mismo no sé realmente lo que es y los eventuales lectores tampoco.
- *Antinorme* es un grupo nacido del FHAR, el *Front homosexuel d'action révolutionnaire*. Quienes lo fundaron no era la gente más interesante del FHAR, que se había ido a militar a la GP, la *Gauche prolétarienne*. En los últimos tiempos del FHAR, hubo un grupo que publicó un informe contra la normalidad en las ediciones Champ Libre⁵ y que se organizó en torno a un periódico, *Antinorme*. Al principio había tres o cuatro tipos muy buenos, y luego otros que venían esporádicamente, sobre todo para seducir a los jóvenes, a los estudiantes de instituto que

5. FHAR: *Rapport contre la normalité*, Paris, Champ Libre, 1971. Sin traducción española [N. del T.].

habíamos conseguido captar y que trabajaban con nosotros. Nos reuníamos todos los días en un bistró, tomábamos café juntos, hablábamos, escribíamos artículos, todo transcurría de un modo muy informal, salvo por un tipo que había estado en la GP con anterioridad y que dirigía las operaciones con una mano de hierro: nos obligaba a hacer críticas, autocríticas de vez en cuando y defendía a Stalin continuamente. No lo podíamos entender y nunca lo hablamos con él: cómo podía ser estalinista, homosexual y partidario de la liberación sexual.

– Pero entonces, *Antinorme*, ¿era fundamentalmente un periódico?

– La actividad esencial era el periódico. *Antinorme* murió en el momento en que quisimos extenderlo a los heterosexuales y crear comités sexuales y políticos. Hicimos una asamblea general en Jussieu –había cuatrocientas personas, lo cual estaba bien– con otros grupos políticos, mujeres del MLF⁶, porque el movimiento homosexual no encontraba la manera de actuar sin pegarse al culo del movimiento de las mujeres, que funcionaba más o menos bien. *Antinorme* murió a partir de ese momento. Se convirtió en *Antinorme-Sexpol* y, poco a poco, la tendencia reichiana defendida por los chicos heterosexuales tomó la delantera. El periódico pasó a llamarse *Sexpol*. Los únicos que se rebelaron fueron el GLH, el *Groupe de libération homosexuel*, pero no conozco bien este movimiento porque no tengo ganas de trabajar con ellos.

– ¿Y era muy reichiano, *Antinorme*?

– Leíamos a Reich, nos pasábamos textos de Reich.

– Entonces, hacíais el periódico y además repartíais panfletos y cosas así.

– Nos íbamos al Barrio Latino el sábado por la tarde a vender el periódico. Era esa época en la que, en el Barrio Latino, había policías pasando todo el tiempo. Ahora hay un poco menos, pero en aquella época había muchos que pasaban, nos daban con la porra en los huevos, se burlaban, nos insultaban, pero

6. Siglas de *Mouvement de libération des femmes* [N. del T.].

siempre disimuladamente, porque enfrente estaba la sede de Maspero y ahí había un montón de grupos políticos. Estaba *Lutte ouvrière*, que nos despreciaba.

– Eso es interesante: los polis os golpeaban única y exclusivamente porque era el grupo *Sexpol*...

– Porque era el grupo *Sexpol*. En ningún caso pegaban a los otros, pero a nosotros nos trataban de locas, porque muchos iban un poco maquillados. Nos separábamos para evitar los golpes, sabíamos muy bien que siempre nos íbamos a llevar un golpe disimulado con la porra en las piernas o a la altura del sexo.

– Y con los otros grupos de extrema izquierda, ¿cómo os llevabais?

– Los otros grupos habían comprendido en cierto modo que *Antinorme* no tenía futuro mezclándose con grupos políticos, que necesitaba otra cosa. Hubo dos o tres grupos con los que pudimos trabajar, principalmente la *Ligue communiste*. La *Ligue* vio que *Antinorme* funcionaba, que era un movimiento muy interesante y muy importante, y le dedicó una página entera en *Rouge*; incluso desplazó a uno de sus dirigentes por esto. Aún recientemente, *Rouge* ha publicado algunos artículos sobre homosexualidad. Hay homosexuales en la *Ligue*, pero en su interior no hay una lucha específica sobre la homosexualidad. La mayor parte de los grupos de extrema izquierda admite que el movimiento homosexual debe organizarse de forma autónoma; a día de hoy, hay muchos grupos de liberación homosexual en Francia que aglutinan a bastante gente. Incluso llegan a gente a la que la extrema izquierda no consigue llegar. Por ejemplo, yo conocí a una persona que trabajaba como administrativo en un ministerio. Tenía treinta y cinco años. No quería acostarse con nosotros, buscaba niños y no los encontraba. Se hizo muy amigo nuestro, pero no se atrevía a militar, distribuía panfletos de vez en cuando, pero tenía miedo de que lo trincaran...

– Pero, hace un momento, te has referido a los grupos que vendían periódicos a vuestro lado, que se mofaban de vosotros y os trataban de locas.

– Era sobre todo *Lutte ouvrière*, un grupo que después nos partió la cara y que nos explicaba que la homosexualidad era un problema pequeñoburgués, una enfermedad burguesa que se resolvería después de la revolución, que no era interesante hablar de ello.

– ¿Y después os partió la cara cuando estuvisteis en su fiesta?

– Sí, en su fiesta nos vimos obligados a refugiarnos en el stand de *Rouge* para poder vender el periódico. No nos habían autorizado a montar nuestro propio stand, pero aun así lo montamos, y nos echaron, nos destrozaron la mesa y la prensa. Cuando vendían su periódico en la calle a nuestro lado, ni siquiera nos miraban, de vez en cuando nos insultaban, decían que éramos unos provocadores, que éramos agentes de no sé qué, era bastante duro.

– Y dime, ¿alguna vez has tenido problemas o conflictos con pequeños delincuentes o macarrillas como los que se ven por ahí?

– Pues, a ver, yo nunca he tenido problemas, pero es que yo no tenía una sexualidad, digamos, de gueto; ahí es donde los macarras van a ir a incordiar, en las *tasses*⁷, en los cines. Pero lo que hicimos durante una época en *Antinorme* no estaba mal: había dos o tres tipos bastante fornidos, entre ellos dos cinturón negro de judo, y formamos un grupo. Íbamos por las *tasses* partiendo la cara a los macarras que agredían a los maricas, nos pegábamos con ellos. Generalmente les metíamos unas buenas palizas, porque se sorprendían mucho de que los homosexua-

7. En argot, la palabra designaba un modelo concreto de urinario situado en la vía pública, hoy reemplazado por urinarios automáticos e individuales. También denominadas *pissotières* o *vespasiennes*, las *tasses* eran conocidas por servir como lugar de encuentro y sociabilidad gay en el que se buscaban relaciones sexuales furtivas, anónimas y efímeras. Se encuentran varias alusiones a las *tasses* en el informe del FHAR al que se ha hecho referencia más arriba (cf. *supra*, n. 5) [N. del T.].

les se rebelaran, de que los homosexuales les hicieran frente, de que hubiera homosexuales que no se dejaran quitar la cartera, los papeles y el dinero. Pero ese es el único contacto que he tenido con macarras, sin contar las numerosas veces en que nos llamaban maricones, igual que hacían los polis.

– Y... en el plano de la vida sexual real, de la práctica sexual, ¿qué hacíais?

– Pues, a ver, en las reuniones, cuando eran en casa de alguien, nos tocábamos mucho. Cuando teníamos que escribir un artículo entre dos o tres, en muchos casos no llegábamos a terminarlo porque nos besábamos, nos tocábamos, y fue entonces cuando yo empecé a tocarme de verdad con chicos sin llegar nunca realmente a acostarme con ellos, excepto con un chico de Vincennes, un bretón guapísimo. Este fue uno de los primeros chicos con el que me acosté en aquel momento. Pero era al margen de las reuniones, yo iba a su casa y, como siempre había gente, todo el mundo acababa haciéndolo. Hubo una escena un poco extraña en su casa, había habido una asamblea general de *Sexpol* en Jussieu que acabó en su casa con L.

– Pero, en el plano de la vida sexual real de la gente, es muy importante ver cómo esos pequeños universos de discurso se traducían efectivamente. No se tiene mucha idea de ello, yo mismo no sé nada del asunto, he oído hablar del tema por ti, cuando te conocí, pero en el fondo...

– Todo se explicaba y debía explicarse más o menos políticamente, puesto que teníamos un discurso político. Pero, en realidad, cuando había tensión entre dos tipos, celos, cuando, en una pareja, uno de los dos empezaba a salir con otro, eso no se resolvía, planteaba un montón de problemas en cuanto a la venta del periódico, a la militancia, si es que se puede llamar a eso militancia. Todos los chicos se acostaban unos con otros, pero nunca se terminaba una reunión con todo el mundo en pelotas haciéndolo, no. En los cafés a los que solíamos ir, todo el mundo se besaba, todo el mundo... incluso en cualquier otro café al que fuéramos. En algunos cafés creaba problemas, pero,

como siempre éramos unos quince, nadie se atrevía nunca a decirnos nada. Queríamos salir del gueto fuera como fuera, nunca íbamos a discotecas o, si íbamos, era en grupos de cinco o seis para gritar, para bailar juntos, para romper con esa historia de la seducción individual y con esa gente que se escondía en la oscuridad para besarse y para bajarse los pantalones.

– Ahora que has salido un poco de todo eso, ¿qué impresión te deja? ¿Era en el fondo simplemente una especie de grupo... de reunión de gente que facilitaba un poco ciertas relaciones eróticas o sexuales que de otra manera habrían sido más complicadas, que habrían tardado más tiempo en trabarse? ¿Era simplemente una cuestión de facilitación que no alteraba la naturaleza real de las relaciones sexuales, o había efectivamente una búsqueda o una tentativa de hacer funcionar la sexualidad o el erotismo de un modo distinto?

– Había las dos cosas. Algunas personas venían de vez en cuando solo porque conseguir sexo dentro del grupo era más fácil, porque siempre había estudiantes de instituto simpáticos y muy abordables que no tenían prejuicios sobre la belleza, mientras que esa gente sí que tenía evidentemente un prejuicio sobre la belleza: siempre querían conseguir al chico guapo, se peleaban por el chico guapo. Pero entre nosotros era distinto: teníamos relaciones sexuales y hablábamos, hablábamos de la manera en que lo hacíamos, de la manera en que ocurría, de lo que teníamos ganas de hacer. Yo tenía bastantes bloqueos en ese sentido y prefería hacerlo y ya está, hacerlo y después callarme. Pero había aun así un cuestionamiento de las relaciones, qué relaciones manteníamos entre nosotros y qué hacíamos juntos.

– ¿Eso te parecía interesante?

– Sí, porque me planteaba un montón de problemas por el hecho de que no conseguía hablar de ello. Era interesante porque los tipos a los que sigo viendo merecen todavía mucho la pena. Cuando dejamos de trabajar juntos, no hubo ningún odio, ningún: “La culpa es de fulano”, aparte de aquel tipo de

la GP al que se rechazaba por sus métodos, por su manera de concebir el trabajo. Nos lo encontramos tiempo después en cafés para homosexuales trabajando como camarero, como... haciendo trabajos que estaban completamente en discordancia con todo lo que había dicho antes, completamente reintegrado en el gueto de una forma sorprendente, mientras que los otros chicos están actualmente fuera del gueto, no te los encuentras nunca en las discotecas, en los bares especializados, y, cuando me los cruzo por la calle, tienen un comportamiento franco y abierto, y en ese sentido el grupo aportó mucho a todos los tipos que conocimos.

– Cuéntame, en esa literatura tipo *Antinorme* –no la conozco muy bien, pero la he leído un poco– hay un tema que a mí me ha chocado, quizá no tanto porque sea recurrente, sino porque me parece rigurosamente utópico, y es esa idea de que la diferencia, es decir, la especificación de la homosexualidad, no es en realidad sino el resultado de un cierto número de alienaciones, de coacciones económico-políticas, etc., y que una sexualidad liberada debe ser tanto homosexual como heterosexual, y que en consecuencia llegará el día bienaventurado en el que por fin empezarán a gustarnos las mujeres como a todo el mundo. ¿Operaba ese discurso?

– Operaba ese discurso, pero también otro distinto. Había tipos para los que el summum de la liberación sexual era la bisexualidad, o incluso hablaban de sexualidad sin más, puesto que perfectamente podía significar acostarse con todo aquel con el que cada cual tuviera ganas de acostarse. Y había otros tipos que decían: “Pues no, no tengo ganas de hacerlo con una chica, y estoy seguro de que más adelante tampoco tendré ganas de hacerlo con una chica. Lo que a mí me interesa es hacerlo con chicos y hacerlo bien”. Y las dos doctrinas se confrontaban sin que habláramos realmente de ello, y yo era más bien partidario de la primera tendencia, yo quería una solución, quería que hubiera algo claro, un programa, a partir de Reich. Yo pensaba: si hay una sexualidad liberada, todo el mundo será bisexual, todo el mundo podrá acostarse con todo el mundo, así, sin

más. Y un chico me dijo: “No puede ser, sigues buscando una normalidad, algo que sea bonito y funcione bien, que cada cual pueda hacerlo con todo el mundo no es lo que me interesa, lo que me interesa es hacerlo con quien me apetezca, y en absoluto hacerlo, forzarle a hacerlo con un chico si no tengo ganas de hacerlo con él, solo porque en eso consiste estar liberado”. Eso era lo que se decía, aunque en la práctica tampoco era así, porque la mayor parte de los chicos no habrían podido nunca acostarse con una chica, era rigurosamente imposible (*risas*). Y las dos chicas que trabajaban con nosotros –porque había dos lesbianas– funcionaban de la misma manera, nunca habrían querido tocar a un chico, era rigurosamente imposible.

– Sí, sí. Ese tipo de discurso me ha parecido siempre el discurso en cierta medida puramente táctico y político gracias al cual se puede establecer alianzas, alianzas con el movimiento de liberación de las mujeres, alianzas con heterosexuales liberales, etc. Es ese discurso que, tácticamente, consiste en decir: “Esperad y veréis que, cuando estemos liberados, a nosotros también empezarán a gustarnos las mujeres” (*risas*), ese discurso utópico y ridículo, pero que a pesar de todo ha funcionado muy bien...

– Ha funcionado bastante bien...

– ... ha sido una de las condiciones de la aceptación de la homosexualidad en todos esos grupos políticos.

– Ha sido así y no ha sido así. En realidad, las mujeres nos aceptaron porque éramos quizá un poco menos opresores o menos tocapelotas que los grupos políticos de chicos; a priori, no estaban demasiado interesadas en nuestro tema. De todas maneras, ya en el MLF existía una tendencia de mujeres lesbianas que funcionaba mucho mejor. A pesar de las dos chicas, el nuestro era fundamentalmente un movimiento de chicos, y un movimiento de chicos maricas.

– Dime, a pesar de todo, tú has practicado la heterosexualidad con una relativa tenacidad, ¿no? (*Risas*)

– Era bastante extraño, porque yo me acostaba con chicas y, a la vez, nunca hablaba de sexualidad con ellas, siempre hablaba

con chicos. He practicado la heterosexualidad, pero no era en absoluto satisfactorio porque siempre implicaba “estar con una chica”, aunque al mismo tiempo estuviera acostándome con otra, mientras que en la homosexualidad nunca he tenido esa relación de pareja con alguien: uno se acuesta con quien quiere, sin celos, y nadie me ha dicho nunca que estuviera celoso porque yo me hubiera acostado con otro chico. Es mucho más abierto, mientras que con las chicas siempre plantea problemas acostarse con otra. Y es incluso más problemático hacerlo con una chica que hacerlo con un chico, aunque por las dos partes haya ganas de hacerlo. Con un chico todo ocurre inmediatamente, no hay necesidad de discurso, de seducción, de compra de regalos, siempre es más fácil.

– Y, actualmente, ¿tienes relaciones con chicas, relaciones sexuales, afectivas?

– Tengo algunas amigas a las que veo de vez en cuando, y entonces lo hacemos o no lo hacemos, pero ocurre mucho menos habitualmente que con los chicos. Habría que hacerlo con sencillez, sin esa especie de guion que es necesario repetir con cada chica.

– Lo que es sorprendente es que siga siendo relativamente más difícil con las chicas que con los chicos, en una época en la que, ahora, el precio de la virginidad de las chicas, el uso de la píldora, etc., deberían hacer las relaciones sexuales chico-chica muy, muy fáciles, y sin embargo...

– Es mucho menos fácil entre chico y chica que entre chicos. No tengo ni idea de cómo será para las chicas lesbianas, he tenido muchas amigas que lo eran y, por lo que yo veía, tenían menos problemas que los heteros, pero igualmente tenían muchos entre ellas. Lo que me daba miedo de la homosexualidad era esa especie de reproducción de la relación marido-mujer, hombre-mujer, pero me lo he encontrado con muy poca frecuencia, quizá una o dos veces.

– Pero, cuando te conocí, me pareció que, en cierto modo, había una gran diferencia entre alguien de tu generación y las

generaciones precedentes. Para las generaciones precedentes, el descubrimiento de que uno era homosexual era siempre un momento solemne en la vida, una especie de iluminación y de ruptura a la vez, era una especie de encantamiento; el día en que uno se daba cuenta de que era eso, el placer, y al mismo tiempo la sensación de estar marcado, de ser la oveja negra, de que, hasta el final de los días, sería así... ¿Todo eso ha existido para ti, o...?

– No ha existido porque yo nunca me he preguntado: ¿soy homosexual o heterosexual? Yo no pensé un día: “Anda, fíjate, pero si tengo ganas de acostarme con ese chico...”, porque siempre había tenido ganas de acostarme con chicos. Cuando era más pequeño, en el internado, nos íbamos al bosque a tocarnos, a masturbarnos, a darnos por el culo, era una práctica completamente habitual que debía de estar extendida en todos los internados de Francia desde hacía mucho tiempo –supongo, vamos, no lo sé–, el caso es que en el internado en el que yo estaba se hacía, y no planteaba ningún problema. Había algunos que se sentían un poco culpables cuando hablábamos de vernos por la tarde: nos mirábamos en clase, al salir nos echábamos para atrás y diez minutos después estábamos yendo. Así que no, no me planteó ningún problema. Y después, cuando volví a acostarme con chicos, pues eso, como ya lo había hecho antes, no me resultó problemático.

– En el fondo, has podido practicar la homosexualidad así, cuando has querido, por momentos, o por fases, sin nunca pensar: “Vaya, como practico la homosexualidad, soy homosexual”, esa especie de deducción que se solía hacer y que marcaba mucho, que psicológicamente era muy difícil de aceptar, puesto que la consecuencia era grave, y esa consecuencia tú no la extraías, y efectivamente no había ninguna necesidad de extraerla. La categoría de homosexual fue inventada tardíamente. Antes no existía, lo que existía era la sodomía, es decir, un cierto número de prácticas sexuales que sí estaban prohibidas, pero el individuo homosexual no existía. Lo que a mí me chocó un poco de esto, a través de ti, puesto que solo te he

conocido a ti, es el hecho de encontrar prácticas homosexuales que efectivamente podían ser dominantes, en último término incluso exclusivas, sin que nunca se planteara la pregunta: “¿Soy homosexual?”.

– Eso era así para bastante gente, pero en mi clase había un chico al que sí que afectó mucho ese descubrimiento. Era un tipo con el que me acosté y con el que no fue tan bien la cosa, porque era una persona muy violenta, muy dura, no quería que se supiese, y lo hacía todo queriendo que yo no supiera que era homosexual. Me decía: “Oye, lo que acabamos de hacer no es en absoluto un acto homosexual”, y acabábamos de masturbarnos alegremente durante una hora (*risas*)...

– Bueno. Hay otra cosa que me chocó de lo que me contaste en su momento, y sobre todo de lo que me acabas de contar ahora, sí, porque me has contado mucho más de lo que nunca me habías contado... (*Risas*) Sí, es la relativa indiferencia hacia el problema de la edad, me explico: antiguamente, todas las barreras de la edad eran uno de los mecanismos mediante los cuales la gente se protegía de la conclusión de que era homosexual. Lo que uno hacía antes de los dieciséis años no era todavía homosexualidad, era una pubertad agitada. Lo que uno hacía con un compañero de la misma edad, bueno, eran juegos medio prohibidos, era un poco de narcisismo en pareja, pero tampoco era homosexualidad. También estaba el hecho de que, cuando con veinte años uno empezaba efectivamente a tener sexo con gente que llevaba una vida de homosexual, el hecho de hacerlo con un tipo que tenía diez, quince, veinte años más que tú, era una vez más un paso extraordinariamente difícil de dar y que, desde ese momento, te inscribía en una francmasonería al mismo tiempo cerrada, secreta, un poco maldita. Sin embargo, los personajes que veo desfilar (*risas*) en lo que me cuentas, los hay de todas las edades, ¿no?...

– Los hay de todas las edades, todavía hoy. En una época, me sentía atraído, o por niños, o por gente mucho mayor que yo; y luego eso dejó de plantearme cualquier tipo de problema.

- En el fondo, nunca te ha planteado ningún problema, ¿no?
- Nunca me ha planteado ningún problema. Así como me pudo plantear un problema acostarme con una mujer que era mucho mayor que yo –cosa que me sucedió una vez, pero nunca lo volví a hacer–, hacerlo con chicos nunca me ha supuesto un problema. Lo que nunca he soportado es esa especie de comportamiento heterosexual en la homosexualidad: por ejemplo, cada vez que me recogía en autostop un tipo que inmediatamente me metía la mano en el paquete; eso no lo podía aceptar, era intolerable, y esos tipos solían dejarme cinco minutos después viendo que realmente no tenían muchas posibilidades. Nunca he podido aceptar ese comportamiento de toma de posesión: como me dejabas subir al coche, yo tengo que...
- Sí, en definitiva, todo te resultaba fácil en la homosexualidad, excepto aquello que recordaba demasiado a la heterosexualidad. Lo cual es un poco lo contrario de las condiciones bajo las cuales se aceptaba la homosexualidad en el pasado, es decir, se aceptaba en la medida en que pudiera parecerse en algunos puntos a la heterosexualidad. Pero también existe la homosexualidad que se presenta de acuerdo con el modelo de la pareja: ¿eso te suponía un problema, te molestaba?
- ¿La pareja?
- Sí, la pareja de chicos.
- Pues la verdad es que nunca me ha planteado un problema porque nunca lo he vivido.
- Está bien, ¿y cuando lo veías en otras personas?
- Cuando lo veía en otras personas me molestaba un poquito, porque a ellos tampoco se los veía satisfechos y siempre equivalía a discusiones de pareja sórdidas, a historias como no bajar la basura..., todo lo cual reproducía exactamente las relaciones de parejas sin niños, aunque en general las parejas homosexuales eran mucho menos celosas, mucho más conciliadoras cuando uno de los dos se acostaba con otro, había menos celos y menos fidelidad declarada. Pero nunca me ha interesado vivir con un

chico durante años y solo tener relaciones con él. *[Interrupción de la grabación]*.

– Sí, pero yo había entendido, de acuerdo con todo lo que has dicho, que para ti la homosexualidad era algo muy sencillo. Y ahora acabas de decirme, mientras que la cinta estaba detenida, que en cierto modo se había simplificado, pero que era complicado. ¿Puedes hablar un poco de eso?

– En mi casa todo iba bien porque, de todos modos, mis padres tenían tanto miedo de que apareciera con una chica que llevaba decenas de chicos a casa...

– ¿Eso sigue siendo así...?

– Y dormían en mi habitación, en mi cama; mi madre me encontraba con mis amiguitos en la cama...

– Por lo menos, no era una chica...

– Por lo menos, no era una chica, así que al menos no habría bebé. Y la única vez que me hablaron de homosexualidad en mi familia fue cuando me fui a vivir con un chico, con G. [Gérard], al piso de dos habitaciones, y mi abuela me preguntó unas cuantas veces si éramos homosexuales. Pero, cuando decía que antes no era fácil, efectivamente, me planteaba problemas, de entrada saber si iba a volver a casa o no, me angustiaba volver a las 3 de la mañana, pero tenía que volver, tenía que fichar en casa para que mi madre me despertara a las 7 de la mañana, y luego había veces en que llegaba al orgasmo y pensaba: “Mierda, es con un chico”, y eso suponía un problema.

– ¿Te suponía un problema que fuera con un chico?

– Sí, y que estuviera tan bien.

– ¡Ah, bueno! Entonces ahí había un algo, y es gracioso porque, hace un rato, cuando has hablado del asunto, no lo parecía en absoluto.

– Pero, de todos modos, se me pasaba bastante rápido, y no me sentía para nada culpable.

– ¿Y cómo se te pasó?... Bueno, ahora, ¿consideras que eso ya no existe?

– No, considero que no soy homosexual.

- A eso me refiero, ¿y cómo se produjo esa simplificación?
- A comienzos de año, conocí a varias personas y volví a ver a un chico al que no había visto desde hacía tres años y con el que más o menos me había acostado: habíamos seguido exactamente el mismo itinerario durante ese intervalo. La primera vez que lo hice de verdad con un chico fue con él, y él estaba en la misma situación. Y tres años después nos encontramos por casualidad, estuvimos en su casa y, sin hacernos preguntas, lo hicimos. Y después hablamos de ello: ¿cómo puede ser que los dos tuviéramos ganas? ¿Por qué lo hemos hecho? A partir de ese momento, para mí fue todo mucho más fácil, no sé si es porque encontré a alguien que había seguido el mismo itinerario que yo, que, igual que yo, había conocido a gente más mayor, que había tenido historias bonitas y algunas historias un poco sórdidas, y que en definitiva nos habíamos encontrado, nos iba muy bien y estábamos muy contentos. Y luego, bueno, tenía incluso el mismo itinerario político, o sea, bueno, estaba quizá menos politizado que yo, algo así, pero tenía ganas de hacer cosas.
- Y, según tú, esa simplificación que se produjo, ¿fue tal vez más por la relación con ese chico, por el reencuentro con ese chico, que realmente por el trabajo político?
- No, bueno, el trabajo político había hecho que me planteara unas cuantas preguntas. Pienso que, si no hubiera hecho ninguna reflexión política, nunca habría intentado acostarme con ese chico. “Intentado” no es la palabra adecuada, pero es posible que, gracias a ese trabajo político, lo intentara más de lo que quería, puesto que estaba ese discurso de normalidad homosexual según el cual la homosexualidad se daba como una situación de hecho, obligatoria, que excluía cualquier otra forma de sexualidad.
- Y ahora, ¿piensas que practicarás casi exclusivamente la homosexualidad?
- Todavía no lo sé, pero, en mi opinión, todo apunta a que sí.
- En todo caso, ¿no te haces la pregunta?

– No me hago la pregunta por ahora. No creo que sea tan importante. Es bastante extraño porque, con las chicas, siempre quería que funcionara, siempre tenía que funcionar, mientras que, con los chicos, si funciona, funciona y, si no, qué se le va a hacer, no se insiste. Es mucho más fácil así, crea muchos menos problemas...

HOMOSEXUALIDAD Y POLÍTICA

– Y si al final pasaste a las actividades políticas, ¿fue a partir de este tema de la sexualidad?

– Fue a partir de eso y de otros temas insoportables que viví, y luego me interesé por los acontecimientos de Mayo del 68. Fue también gracias a la gente que conocí, a los tipos con los que hablé, gente que llevaba a cabo acciones políticas. Cuando me fui de casa, dejé todo lo que hacía, ya no me interesaba y no tenía ganas de volver a un grupo homosexual, porque no llevaba a ningún sitio y me parecía que no llegábamos a nada. Y luego me interesaron los grupos políticos, leí su literatura, vi un poco lo que hacían, empecé a trabajar con el grupo con el que más de acuerdo estaba, con gente a la que conocía, que decía y proponía cosas interesantes. Cuando me pidieron que les hiciera una especie de historia de mí mismo, para saber un poco quién era, y yo les conté todo esto, no les jodió para nada: no intentaron sondearme... ver qué podía significar, qué consecuencias podía tener, ni siquiera me dijeron: “¿Sabes? Hay algunos también en nuestra organización, podrás conocerlos, podrás quedar con ellos, hay algunos muy simpáticos, muy guapos, no hay ningún problema, lo aceptamos todo, somos muy liberales a ese respecto...”.

– Y ese grupo... es el único al que has...

– Sí, es el único grupo político.

– ¿Y te importaría explicar cómo son allí las cosas desde el punto de vista, justamente, de esta integración de las nuevas formas de relación sexual en los grupos políticos y en la actividad política?

– En París es mucho menos claro que lo que he visto fuera. Fuera de París había tipos que realmente salían juntos, que vivían juntos, y eso no suponía ningún problema. En París es un poco más problemático. Ha habido gente a la que me ha costado explicárselo y otros con los que ha sido mucho menos difícil. La homosexualidad se considera un problema individual, pero su represión se considera un problema político, y la gente del grupo se opone a la represión. También he conocido gente estupenda que tenía una visión del problema con la que yo estaba de acuerdo. Pero no es uno de los grandes temas que se tratan en la organización.

– ¿Y por qué piensas que es así? ¿Es porque todavía hay un fondo de hipocresía, o porque realmente solo afecta, en definitiva, a un grupo relativamente limitado de personas –tanto entre los militantes como entre la gente a la que os dirigís–, y no merece la pena hacer de ello un problema central?

– Lo que ocurre es que no es un problema central y, cuando se convierte en un problema central o impide a la gente trabajar –se da el caso de gente que no puede más, que tiene demasiados problemas, que no puede hablar de ellos–, en ese momento se convierte en un problema central para la persona y la gente se ocupa de ello colectivamente, trata de resolverlo colectivamente con el interesado.

– ¿Puedes dar un ejemplo más concreto de eso?

– Sé que había un tipo al que propusieron responsabilidades que no podía asumir porque era homosexual y lo ocultaba. Como la cosa no iba bien, no funcionaba, él empezó a hablar del tema y lo trataron con él; resolvieron su problema de alojamiento, su problema de vivienda, para que pudiera continuar con su trabajo.

– Y continuar con su sexualidad...

– Y continuar con su sexualidad. Es como los problemas de pareja, se considera que son problemas personales, pero al mismo tiempo deben ser resueltos colectivamente, no hay ningún pro-

blema que tenga que ser ocultado. No es así en todas partes, sería demasiado ideal, pero la gente lucha para eso.

– Pero dime, en todas estas situaciones, ¿has visto alguna vez chicos que tuvieran lo que solemos llamar problemas, es decir, que presentaran lo que un psicólogo, un psiquiatra, un psicoanalista podría considerar signos de neurosis, de depresión... ligados a su vida sexual, o conductas suicidas? ¿Has encontrado casos así, y cómo se presentaban? Tomemos el caso más simple, un tipo que tiene su vida sexual, está enamorado, tiene una relación, no funciona, se rompe y entra en lo que solemos llamar un episodio depresivo, ¿de qué forma se presentaba?

– Tengo un amigo al que le ocurrió. Estaba muy mal porque había roto con un chico del que estaba muy enamorado: la cosa iba muy mal entre ellos y eso le impedía hacer cualquier cosa. Ya no veía a sus amigos, ya no estaba bien con ellos. Intentaron hablar de ello, averiguar a qué se debía ese amor, esa fidelidad, esa posesión del otro. Fueron sobre todo las chicas, y eso es bastante gracioso, las que hablaron del tema con él y las que más le ayudaron a superarlo. Pero sé que hay organizaciones que han tenido este tipo de problemas y que no lo ocultan. Por ejemplo, en la *Ligue communiste* un tipo se suicidó después de que lo internaran en un psiquiátrico. No lo ocultaron, lo hablaron, debatieron acerca de ello, dedicaron un número completo de una revista de la *Ligue* al suicidio de ese militante, a los tipos que se suicidan. Estos problemas de vida individual, de vida cotidiana, hay que ocuparse de ellos, porque en realidad no son problemas individuales.

– Pero dime, en los grupos, bueno, en el grupo al que tú perteneces, ¿nunca han puesto problemas por el efecto que puede tener la homosexualidad de tal o cual miembro del grupo en la gente con la que el grupo puede trabajar, ya se trate de mujeres de la limpieza, de delincuentes o de antiguos delincuentes?

– Eso es un problema. Cuando militamos en un CET⁸ o en una fábrica, al principio, con la gente hablamos mucho más de su vida que del Movimiento de las mujeres o de la homosexualidad. Hay bastantes compañeros de los que no todo el mundo sabe que son homosexuales en su lugar de trabajo.

– Sí, pero hablabas de esas ciudades en las que los militantes del Movimiento que son homosexuales viven en pareja, se pasean, hacen la compra juntos, etc.: en esos casos, la gente debe darse cuenta perfectamente. En el grupo, ¿se plantea esa cuestión, se dice: “Hay que andarse con cuidado, hay que esconderse...”?

– Pues depende muchísimo de la situación. Por ejemplo, cuando la acción política en una ciudad va bien, funciona bien, cuando la intervención es significativa y da resultados, deja de plantear problemas. Hablar del asunto crea problemas más bien al principio de una intervención, de una discusión, cuando empezamos a trabajar en una empresa. Pero la gente tiende a esconderse cuando funciona, no sé por qué. Cometí el error de hablar de maricas a unos jóvenes de la SNCF⁹ que me dijeron: “No, no digas maricas, es despectivo, es asqueroso”. Y eso que eran tipos que nunca habían hablado del asunto, pero se habían dado cuenta en lo que veían, en lo que leían, de que los hombres heteros tenían un comportamiento asqueroso hacia los homosexuales.

– Y, ya que has estado en América, ¿qué ha significado aquello para ti, y cómo lo relacionas con lo que ocurre aquí?

– Allí no entré en contacto con grupos homosexuales, porque viajaba todo el tiempo y estuve sobre todo en Quebec. Pero donde vi cosas interesantes fue en Inglaterra.

– Ah, ¿sí? ¿Y eso?

– Allí hay un montón de casas que están okupadas por homosexuales y por comunidades homosexuales. Okupan las casas

8. Siglas de *Collège d'enseignement technique*, actualmente denominados *Lycées professionnels* [N. del T.].

9. Siglas de *Société nationale des chemins de fer français* [N. del T.].

entre seis o siete. En el barrio en el que yo estaba, había varias casas okupadas y los homosexuales habían creado un *gay center* al que todos los homosexuales podían ir o llamar por teléfono para contar sus problemas, y se les intentaba ayudar. También había una especie de *SOS Amitié* para los homosexuales que querían suicidarse. Y luego actividades mucho más políticas que consistían en ayudar a la gente, en hablar con ellos, en intentar hacerles militar. La implantación de ese *gay center* en el barrio creó algunos problemas porque estaba situado en un distrito de Londres pobre e inmigrante en el que hay muchos okupas, en el que los inmigrantes ocupan las casas vacías, y eso hace que haya todo un sector de la población que está excluido, personas marginadas que se han visto juntas muchas veces. La gente del barrio rompía las ventanas de sus casas porque no estaba en absoluto de acuerdo con los homosexuales, no les gustaba, les parecía sucio. Después de un año o dos, los problemas cesaron porque se portaron muy bien con la población, no respondieron en absoluto a las agresiones y trabajaron sobre todo con los inmigrantes en tanto que homosexuales. En Inglaterra, los homosexuales se esconden mucho menos. Todos los amigos que tenía se paseaban por el metro con letreros colgados en los que ponían que eran homosexuales; hablaban de ello con sus padres, mientras que aquí, en Francia, se habla mucho menos del tema con los padres, de todos modos.

– Aquí has conocido gente de comunidades homosexuales, ¿no?

– No, aquí nunca he conocido.

– Yo creo que no hay muchas, ¿no?

– Aquí tenía un amigo. Vivían seis en un estudio... no sé si eso vale como comunidad, pero debía de ser bastante duro, ¡yo nunca quise poner un pie ahí dentro! (*Risas*) Porque seis personas en un estudio son unas condiciones de vida verdaderamente miserables.

EL AMOR

- Otra pregunta: una cosa que me ha chocado, en todo lo que me has contado ahora y en todas las cosas que me vienes contando desde hace un año, es que nunca hayas pronunciado la palabra “amor”. Nunca has dicho: “¡Uf! Me estoy enamorando de un chico, creo que quiero a este chico...”. No lo has dicho nunca, ¿no?
- No, creo que no.
- Bueno, pues es bastante maravilloso...
- Nunca he sabido a qué corresponde el hecho de enamorarse, de estar enamorado, de decir “te quiero”.
- ¿Nunca le has dicho a nadie “te quiero”?
- Creo que no, o si acaso (*risas*)...
- Eso es muy importante...
- Tiene gracia que me hagas exactamente la misma pregunta que aquel cura, hace cuatro años...
- ¡Ah, mierda! (*Risas*)
- ... Aquel cura que me dijo: “Pero, en Reich, ¿no aparece ni una sola vez la palabra “amor”?”. Y yo contesté: “Lo hacen” (*risas*).
- Sí, sí, adelante, sigue con tu indignación, con tu sorpresa...
- Pero es eso, hablar de ello lo menos posible y hacerlo lo máximo posible.
- Eso es, sí, sí.
- A los tipos que hablaban de amor todo el tiempo nunca los veíamos hacerlo; hablaban de amor con mayúsculas, con minúsculas, con todas las caligrafías posibles, y después nunca lo hacían. En cambio, los que conocí que hablaban menos de ello o no hablaban de ello en absoluto, lo hacían, y todo iba muy bien.
- Me has hablado a menudo de una serie de sentimientos a propósito de un chico: te gustaba, le querías mucho, pero lo que me chocó es que la palabra “amor”, esa categoría del amor, no intervenía, si bien la riqueza y la variedad de los sentimientos que evocabas, que experimentabas, eran grandes. Es decir, que no se trata exactamente de la oposición: o se echa un polvo, o

se exhiben grandes sentimientos. No es eso, porque yo siempre te he visto introducir en tus relaciones sexuales una especie de afección, de ternura, de apego, de no sé qué... No solo no eres inafectivo, sino que, al contrario, eres increíblemente intenso en lo que sientes por alguien; luego, evidentemente, no cabe la oposición entre hacer el amor o sentir el amor, sino que hay en ti toda una panoplia, toda una paleta de sentimientos intensos, ricos, coloridos y en absoluto esa cosa monótona y negra que sería el amor y en la que precipitamos habitualmente tanto la negativa a hacer el amor como también cualquier otra forma de sentimiento. Y eso me parece en cierto modo muy novedoso. Antes había una figura en la que estábamos como atrapados: desde el momento en que sentíamos algo por alguien, había como una pendiente formidable que hacía que, al cabo de un tiempo, tras toda una serie de decantaciones y de eliminaciones, dijéramos, o bien: "Al final no siento nada por él", o bien: "Le quiero". Famoso enunciado que atraía como un imán, que era una especie de constreñimiento riguroso que pesaba sobre todas las formas de relación y que, a mi modo de ver, era todavía más esterilizante para todas las relaciones afectivas posibles que para el acto sexual mismo, ¿no es así?

– Seguramente, pero no lo sé, es que nunca lo he vivido (*risas*).

– No, yo creo que no lo has vivido porque no lo podías vivir, no es que tengas una laguna, al contrario, has llenado ese vacío en el que todos caíamos con un montón de cosas positivas, de experiencias distintas. Y eso me parece potente. Y, en el fondo, me pregunto si lo que ha sido más liberador –y fíjate que no me gusta mucho la palabra "liberador"– no es el hecho de que ya no exista esa etiqueta única del amor que poníamos en todas las sensaciones y en todos los sentimientos.

– Ya, no lo sé.

– Sí... no, pero... estoy hablando de algo que, por definición, no puedes conocer, y, una vez más, en absoluto porque tengas una laguna, al contrario. Pero me parece bastante maravilloso, a pesar de todo te has acostado con mucha gente, y no haber

dicho nunca a nadie “te quiero”, ni siquiera poder recordar si has dicho “te quiero”... ¿Y alguna vez te ha dicho alguien “te quiero”, o ni siquiera te acuerdas?

– No lo recuerdo... o a lo mejor me lo han dicho... y en el momento me ha incomodado demasiado como para hacerme cargo (*risas*). No, me decían más bien que estaban contentos, igual que yo les decía que estaba contento, que estaba bien, que todo estaba bien, que estábamos bien juntos, que la cosa iba bien o mal, que era mejor dejarlo... En ese caso nos vestíamos y cada uno se iba a su casa.

– Pero, aun así, al margen de la declaración, de la enunciación misma, ¿te ha ocurrido alguna vez que te hayas encontrado a alguien que tuviera contigo un comportamiento de enamorado, alguien que te persiguiera, que fuera un poco insistente, chico o chica?

– Sí, una vez.

– Una sola vez no es mucho...

– Una vez o dos, pero, en cuanto noté que era eso, me fui corriendo lo más lejos posible, dejé de responder a las llamadas, dejé de responder a las cartas, y luego se terminó porque ya era imposible. [*Interrupción de la grabación*].

– De todos modos, hay una cosa curiosa, y es que, en cuanto cortamos la cinta, empiezas a decir que al final las cosas son mucho más complicadas, que existen dificultades, que al final es bastante excepcional que sea fácil, y luego, en cuanto volvemos a encender el magnetófono, en ese momento, todo vuelve a ser... (*risas*) ¡Ahí hay algo! Eso demuestra que no soy yo necesariamente el entrevistador adecuado, ¿eh?

– No, pero con algunos hombres no es igual que contigo. Hay muchos más problemas. Hay muchísimos tipos que intentan dominar, que reproducen las relaciones heterosexuales. Está el que tiene el falo y el que no lo tiene, y el otro es negado en una parte de su cuerpo. Un tipo al que conocí, tenía que acostarme con él cuando él quería, estar siempre disponible. Pero cuando era yo el que podía tener el deseo, o estaba cansado, o no era el

momento, y todo porque yo era el más joven, porque él creía tener las ideas más claras, porque era más hombre, porque se tomaba en serio a sí mismo y yo no me tomaba en serio. El único con el que no había ningún problema es el chico aquel del que te he hablado, al que volví a ver tres años después, y uno de sus amigos, ya sabes, L.

– Ah, sí.

– Con los chicos de veinte años funciona bien. Con los de treinta, por ejemplo, con J., a quien conocí aquí, era exactamente el tipo de relación que no soporto y que los hombres tienen con las mujeres. Era: “Te utilizo como un objeto”. Estuve en su casa una noche y no pude volver, no pude...

– Ah, sí, sí, sí, entiendo lo que quieres decir, era especialmente difícil, pero aquí has conocido a otros que no eran así.

– Y con los que todo ha ido muy bien.

– De todos modos, yo creo que el hecho de que hayamos hecho estallar el signifiante monótono del amor ha sido muy importante. Las cosas han dejado de ser binarias: o bien hago el amor sin querer a la otra persona, es decir, que echamos un polvo; o bien quiero a la otra persona, la quiero de verdad, y entonces es otra cosa. En cuanto introducimos esas estructuras binarias, las cosas se vuelven complicadas, porque, incluso cuando solo hacemos el amor para echar un polvo, excluimos precisamente todo lo que podría implicar una cierta intensidad: tiene que ser limpio, aséptico, algo parecido a la gimnasia, y entonces todo vuelve a ser complicado...

[Fin de la cinta I].